



Traducción de la ENTREVISTA A AMELIA VÁLCARCEL Publicada en la versión electrónica de la Revista FUTURA

La edición en papel saldrá en breve

«Hace falta sacar del campanario el sistema educativo»

Juan Manuel Játiva | Fotografías: Miguel Lorenzo

Amelia Valcárcel (Madrid, 1950) es catedrática de Filosofía Moral y Política de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED), miembro del Consejo de Estado y referente del feminismo de la igualdad. Ha sido dos veces finalista del Premio Nacional de Ensayo con los libros *Hegel y la ética* (1987) y *Del miedo a la igualdad* (1993) y, más recientemente, ha publicado la obra *La memoria y el perdón*. Entre 1993 y 1995 fue consejera de Educación, Cultura, Deportes y Juventud del gobierno de Asturias.

¿La proporción de hombres y mujeres que hay en el sistema educativo nos dice algo sobre nuestro futuro como sociedad?

La relación en qué están hombres y mujeres en el sistema educativo era imprevisible hace un siglo. El sistema era sencillamente viril y en cien años las cantidades se han invertido. Las mujeres están adquiriendo mayor formación en todos los campos y esto, si llega a consolidarse, comportaría una transformación antropológica de tal categoría que no me atrevo a interpretar las consecuencias. Nunca hemos tenido nada parecido en ninguna sociedad conocida. Somos una especie memoriosa, que almacena en la memoria saberes pertinentes, y esto ha hecho que nos constituyamos en un éxito. Pero nunca ha sucedido que cambie el grupo principal. Es muy raro y no sé qué conclusión sacaremos.

¿Cómo encaja la minorización de la filosofía y, en especial, de la Historia de la filosofía en la nueva ley de educación?

Espero que esto se corrija, porque entre otras cosas sería una majadería. Imaginamos que tenemos un alumnado que ha llegado a los dieciocho años y sólo el 20% sabe quien fue Descartes. No es posible, porque cuando hablamos de la historia del pensamiento y de la filosofía nos referimos a uno de los registros que nos ha permitido secularmente entender como nos hemos ido desarrollando y hacia dónde, un registro enorme que nada más y nada menos cuenta como se ha ido acumulando el mismo saber. Es como si, para ir a un sitio, le quitas las ruedas al coche. Si hubiera que aligerar contenidos –que esto no pasa nunca–, se me ocurren muchos lugares de dónde aligerar antes que de

ese, porque no son útiles ni a corto plazo ni a medio plazo. Si no hay la filosofía, ¿en qué hombros recae el sentido del mundo?

Ha escrito que los planes educativos son una de las piezas más sensibles que puede tocar un gobierno y, cuando lo hace, no es extraño que se agiten convulsivamente los resortes sociales. ¿Es esto lo que está pasando ahora y aquí?

Se intenta tocar. Cada vez que lo tocas, realmente estás tocando el sistema social y sobre todo lo que este tiene de expectativa. Es decir, qué pensamos que podemos hacer y dónde podemos llegar. Y por esto la gente estalla. Yo he conocido diferentes ministros de Educación, no solamente como tales, y a los cuales por esto debía prestar acatamiento, sino en otros contextos. Y a todos y cada uno les he recordado: ten cuidado con lo que llevas entre manos, porque el sismógrafo social lo tiene quien lleva Educación, no el ministerio de Economía.

Entonces, si las cosas no se enderezan, ¿puede acabar produciéndose una revuelta?

Yo espero a que la sensatez asista a la gente. Pero a mí me gustaría asistir a un pacto paneuropeo.

¿Es mejor que un pacto estatal como el que se frustró entre el anterior gobierno y la oposición?

Lo mínimo que hace falta para encauzar algo que es tan fuerte y tan grande como por ejemplo el sistema educativo es una programación que dure veinte años, en el medio plazo, haciendo después los ajustes que hagan falta. Y tiene que estar sometida a un debate previo bastante abierto sobre contenidos y sobre métodos.

¿Qué tipo de contenidos?

Estos contenidos deben ser bastante homogéneos y intereuropeos si realmente pretendemos solidificar nuestra continuidad como comunidad política, con todas las enormes dificultades que tiene Europa como comunidad política, por el hecho de tener tal cantidad de adherencias nacionales distintas, sean idiomáticas, de tradición propia o literaria; es decir, teniendo en cuenta que todos los saberes humanísticos europeos son divergentes. Por lo tanto, tiene que estudiar tu tradición y la de los demás. Eso es un desafío europeo de la mayor envergadura.

¿Pero, quien puede afrontar este desafío? ¿Los partidos políticos?

A veces, en el corto plazo, los partidos se ven incapaces de llegar a acuerdos y esto pasa sobre todo por intromisiones ajenas, como por ejemplo en nuestro caso, que pone en evidencia la intromisión de la Iglesia Católica en el sistema educativo. Es la gota malaya, es una intromisión constante desde hace décadas. Y como así no hay manera de llegar a un acuerdo, la alternativa será promoverlo desde más arriba, porque los factores locales no sean tan relevantes. Es decir, si nos gusta tanto como se hacen las cosas en Finlandia, pues hagamos planificación con Finlandia, con Francia o con otros países con qué podemos confluir. Hagamos realmente cabás común con toda Europa, como cuando íbamos a la escuela y traíamos un maletín donde nos debía caber todo, y se llamaba cabás.

¿Un cabás europeo?

Sí, un cabás común para dos décadas, por saber qué podemos obtener del sistema educativo y ponderar el criterio de cemento social, de cohesión social, con el de excelencia individual, porque Europa necesita también buenas cifras de excelencia.

¿Para desarrollar un proyecto de esta envergadura, hace falta que se sumen más voces a la suya, no?

Eso espero porque si no vamos en esta dirección, lo que hacemos es retroceder. Necesitamos una cierta ambición en los fines. No hay cosa peor que dar la palabra a alguien, que se aprenda la palabra y que se haga una absoluta perversión del contenido.

¿A qué tipo de palabras se refiere?

Por ejemplo, sostenibilidad. Es fantástico, se aprende la palabra y se nos olvida el significado. Desde entonces, tienes un loro repitiendo «sostenibilidad» cuando se puede y cuando no se puede, porque cree que pronunciando la palabra se hacen milagros. Esto pasa con la innovación. No se puede ir diciendo «innovación» sin saber qué delante estás innovando o qué es innovar. ¿Qué es lo que puede salvar Europa, económicamente hablando, cuando resulta que producen más barato en cualquier otro lugar del planeta y mientras continúa habiendo el decalaje que hay entre unas economías y otras, y entre lo que cobra la gente en un lugar o en otro? Y te contestan: aguantaremos porque nuestro plus será la innovación. Muy bien, pues que me digan entonces como fabrican educativamente a la gente innovadora.

¿En la universidad?

Europa está fabricando gente innovadora desde el siglo XVIII y ahora debe continuar haciéndolo, pero en un mundo global y con un grado, un ajuste y una *finezza* mayores. ¿Qué hizo la gran universidad pública sino abrir una carrera a la innovación científico-técnica sorprendente? Y también humanística. La gran universidad del XIX se transformó en un motor de innovación extraordinario. Si no es en las instituciones de alta educación, que me digan dónde surge la innovación. Para que en un mundo global se produzca una cosa así y sea un proceso continuado y tensional de innovación, hace falta sacar del campanario el sistema educativo, pero ya, y dar una perspectiva muy amplia.

¿Como de amplia?

Mucho. En este sentido hay cosas que se han hecho muy bien. El programa Erasmus, por ejemplo. Es un invento maravilloso, sobre todo porque la gente aprende a sentirse parte de la misma cosa, a valorar también el que es suyo y a echar adelante proyectos en equipo con otras personas de fuera.

¿Está defendiendo esta diversidad a veces conflictiva?

Es que nuestra diversidad es tan grande que tenemos que apostar por ella. Debemos hacer de esto, que es nuestra cortapisa, una palanca, porque es lo que tenemos, la enorme diversidad europea. Así es nuestra tradición y no nos ha ido mal.

Defendéis la legítima ambición de ser élite en relación con la docencia.

En todas las profesiones existe la excelencia. Hay la gente media que tiene muy buen nivel, que es competente, y hay la gente excelente, también en los docentes. Todos recordamos el profesor o la profesora que fue excelente. ¿Qué consiguen estos profesores excelentes? Saben igualarte y animarte para que corras a solo. Saben hacer las dos cosas aunque sean contradictorias. Es más, a un verdadero docente vocacional, lo que más le gusta es ver correr solo a alguien cuyo talento está divisando. La docencia es una profesión nada soberbia. El verdadero magisterio consiste siempre en esperar que te superen. La cohesión social nos exige no dejar fuera nadie; pero debemos hacer destacar en la excelencia cuanto más personas podamos, porque las necesitamos.

¿Aunque esta gente excelente, cualificada, se tenga que marchar fuera?

Yo no sé si lo que vamos a mandar fuera corre hacia la excelencia. Creo que no. Lo que hay ahora tiene que ver con un mundo monetariamente no regulado. Tal y como yo lo veo, el peligro más grave es fragmentar las clases medias desde dentro. Las clases medias son las más innovadoras, siempre. Es mentira que la clase media sea acomodaticia. Las clases altas no han innovado nada, porque dudan que los vaya bien

cualquier innovación y sólo propician, a lo sumo, innovaciones estéticas. Y las clases bajas, por su propia posición dentro el sistema, no tienen capacidad de innovar. Las clases medias son muy vivas, son muy innovadoras, siempre se les están acudiendo cosas. Pensamos en los países que fueron edificados por clases medias, los Países Bajos, la Francia revolucionaria. Si se produjera una fragmentación en este segmento, sería terrible en nuestra sociedad. Por esto, cualquier política económica que amenaze las clases medias está mal hecha.

Pues parece que estamos en ello.

Por eso estoy muy preocupada. Creo que las clases medias nos debemos defender con la política. Y por esto el descrédito de la cosa pública nos va muy mal.

Usted ha sido política.

Bueno, pero he mandado poco.

Consejera de Educación, no está nada mal. Qué debería pasar porque la política recuperara la credibilidad perdida?

Estamos bajo mínimos. La democracia sólo se cura con más. Como decía Madame Stäel, cuando la gente se quejaba del siglo de las luces. Las luces sólo se curen con más luces, no yendo hacia atrás. La gente a la que hemos educado, de qué se queja? Que una cosa son los valores y otra las prácticas. Y esto no es posible, vivir en esta hipocresía. Muchos de los sobreentendidos que gestaron la transición están cayendo, porque la gente se lo ha creído y vuelo más del mismo. Y, además, en una situación de estrangulamiento económico, el malestar social irá a alguna parte, y dónde si no a la política. A mí me encantan las redes sociales y cuando me dicen vamos a manifestarnos al Congreso, yo digo: cuando os manifestéis ante algunos bancos, os acompaño. ¿Que la política es corrupta, de acuerdo; pero, quien inyecta dinero en el sistema? había muchos sobreentendidos en el pacto que firmamos hace cuarenta años, y algunos, como por ejemplo la sistemática no indagación en los patrimonios y cosas así, no se pueden mantener.

Le interesan manifiestamente las redes sociales, pero al mismo tiempo insiste en el calor necesario que requiere la presencia del educador. ¿No es una paradoja?

Neill inventó la escuela libre %[la experiencia de Summerhill]. La primera escuela neilliana fue un éxito porque aplicaba una libertad moderada a una gente que vendía de un sistema sumamente constrictivo. Sentían entonces que podían dar el mejor de ellos mismos. Igualmente, de las redes sociales podemos salir con éxito si venimos del otro lado con el trabajo muy bien hecho. Si alguien entra a las redes sociales y no sale de ahí, se encuentra en un medio frío en qué no se aprende nada. Cuanto más competencias hayas adquirido y una relación más profunda con lo que te han enseñado, más útil resultarás en medios fríos como las redes. En cambio, si vas con nada, nada no obtendrás. Si no he tenido nunca una educación empática, en un ambiente en qué se aprende de verdad, y voy a un medio frío en qué tampoco sé con quién me relaciono, mis posibilidades de no entender dónde estoy ni qué vale cada cosa son muy grandes.

Amelia Valcárcel muestra su entusiasmo por la red. «No hay un instrumento como la red», asegura. «Me apasiona. Antes contrastar un dato te costaba dos meses; ahora, en cambio, tienes a tres clics informaciones precisas, contrastadas y fiables en cantidad de materias». Esto quiere decir que «tienes un medio que puede dar un impulso brutal al saber y también a la democratización del saber». Pero, advierte, «también sabe todo el mundo que es más difícil manipular gente leída e instruida que gente que no lo está; por lo tanto, no debe extrañarnos si la red se llena de porquería».

